

EL ESCOLAR.

Las balas y bombas enemigas, sino por los ostragos, cada dia mayores, que hacia el hambre. ¡ Cual seria el cuadro aterrador que presentaba la heroica ciudad cuando el mismo Morillo al contemplarlo se estremeció! ¿quién sabe qué recuerdos lo excitaria en su mente! Talvez veria en Cartagena á la heroica Zaragoza sitiada y tomada por los napoleonicos; pero algo más notaba él y eran las sombras siniestras y las victimas del azote del hambre á que habian resistido los sitiados hasta el último instante.

Entonces fué cuando los realistas inundaron nuestra patria y empezó aquella época de cerca de cuatro años en que el terror se esparcía por todas partes. La cuchilla del bárbaro expolicionario, la de su sucesor Sámano y las de sus prosélitos, donde quiera que se encontraban, cortaban las cabezas de cuanto patriota caía en sus manos; de esta manera nos privaron de grandes hombres que ofrecían un risueño y ahagador porvenir á la República naciente; así murió el Demóstenes granadino Camilo Torres; así perecieron sabios como Otdas, Ulloa y Gutiérrez; así sucumbieron otros grandes políticos y hombres ilustres. El luto, la orfandad y la miseria, se apoderaban de las familias, y hasta la mujer subia á los cadalsos, porque en ella tambien ardía con intensidad el fuego del patriotismo y clamaba por la libertad y la República: sí! ella arrancó los edictos en que se prevenia el recaudo de los impuestos sobre las últimas industrias; ella encabezó innumerables patriotas el día 20 de julio; y ella fue cargada de grillos y cadenas en la bella Popayan, teatro de las maldades del titano y sanguinario Warleta.

Pero no era posible que el Leon de la Iberia hiciera oír más su rugido aterrador, y Bolívar el Washington de la América del Sur, el Génió de la libertad, era el designado por Dios para desalojarlo de sus guaridas y arrojarlo al otro lado del Atlántico. Sonó la hora y Bolívar apareció por las fronteras venezolanas, vino al campo de Boyacá y allí le dió el golpe mortal, despues del cual toda reaccion realista fué infructuosa: testigos los campos de Carabobo, Pichincha, Junín, Ayacucho y otros más.

Si, señores, con nuestros corazones llenos de entusiasmo y de amor patrio rindamos nuestro homenaje á la memoria de aquellos seres abnegados que sellaron con su sangre la patria y la libertad que nos legaron; haciendo especial mención de esos valerosos hombres que llenos de fe en el porvenir, el 20 de julio de 1810 convirtieron la idea en hecho; levantando el pueblo de la capital y firmando esa acta en la cual prometieron solemnemente sacrificar no sólo sus intereses, sino su vida á fin de alcanzar la independencia de que hoy disfrutamos.

He dicho.

EL CARACTER.  
POR SAMUEL JOHNSON.

(Traducción de Vannucio G. Manrique).

(Continuacion).

Washington era tambien un hombre de negocios infatigable. Desde su infancia se formó hábitos de aplicación, de estudio y de trabajo metódico. Sus cuadernos de colegio, que se conservan aún, muestran que desde que tenia trece años se ocupaba puntualmente en copiar toda clase de documentos como fórmulas de recibos, órdenes de

pago, letras de cambio, obligaciones, escrituras y otros documentos igualmente áridos, escritos todos con sumo cuidado. Y los hábitos que así adquirió les le temprano fueron la base de las admirables cualidades de que se sirvió mas tarde con tan buen éxito para los negocios del Gobierno.

El hombre ó la mujer que llevan á término feliz la dirección de alguna grande empresa, merecen tal vez tanto honor como el artista que pinta un cuadro, el autor que escribe un libro, ó el soldado que gana una batalla. ¿Quién sabe si unos y otros no han encontrado iguales dificultades, ó no han tenido que hacer iguales esfuerzos? Y la victoria que han alcanzado es al ménos una victoria pacífica que no deja sangre en sus manos.

Algunas personas se figuran que el hábito de los negocios es incompatible con el genio. En la vida de Ricardo Lovell Edgeworth, se habla de un Mr. Bincknell, hombre respetable, pero ordinario, de quien no se sabe mucho, sino es que se casó con Sabrina Sidney, discípula de Tomas Day, autor de *Sandford and Merton*, y se cuenta de él "que tenia algunos de los defectos de que suelen adolecer los hombres de genio; es decir, que detestaba los enojosos pormenores de los negocios." Grave error es éste. Los genios mas grandes han sido, sin excepcion, los mayotes trabajadores, y no han tenido á ménos el hacer los mas serviles oficios. Y no solamente han trabajado con mayor laboriosidad que los hombres ordinarios, sino que han aplicado á su trabajo facultades más poderosas y un espíritu mas ardiente. Ni lo grande ni lo duradero se improvisaron jamas. Sólo á fuerza de noble paciencia y de noble labor han podido llevarse á cabo las obras del genio.

Sólo á los trabajadores les es dado el poder: los perezosos son siempre impotentes. Por eso los hombres laboriosos que se empeñan en ello, son los que gobiernan el mundo. No se ha visto un solo estadista medianamente notable, que no hubiese sido laborioso. "A fuerza de arduo trabajo decia Luis XIV-es como gobiernan los reyes." Clarendon, al retratar á Hampden, nos dice que "era tal su laboriosidad, que no la hubieran aventajado los hombres más activos y entre muchas cualidades no fáciles de imitar, tenia un valor personal igual á sus mejores dotes." En medio de sus dificultades aunque voluntarios quehaceres, Hampden escribia un dia á su madre: "Mi vida es una sola ocupacion, y lo ha sido de muchos años atras, ya para la República, ya para el rey.... Ni siquiera tengo tiempo de cumplir con mis deberos para con mis queridos padres, ni aún para mandarle un saludo...." Todos los estadistas de la república fueron gran les trabajadores, y Clarendon mismo, ora estuviese en el ministerio ó fuera de él, era hombre de aplicación ó industria infatigables.

La misma energía y el mismo vigor en el trabajo han distinguido á todos los hombres eminentes de éste y de los pasados siglos. (1) Durante el

(1) Un amigo de lord Palmerton nos referia la anécdota siguiente. Preguntábale este amigo una vez á qué edad lo parodia el que un hombre estaba en toda la fuerza de la vida, y él respondió: "A los setenta y nueve años! pero, añadió, gustándole: No, como yo acabo de cumplir los ochenta, talvez me haya ido muy adelante."

202

PROYECTO DE INVESTIGACION:  
LA PRACTICA PEDAGOGICA  
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

movimiento ocasionado por la ley sobre los cereales. Cobden, en carta á un amigo, decía hablando de sí mismo, que trabajaba como un caballo sin tener un momento de reposo." Lord Brougham fué ejemplo notable del hombre activo, laborioso é infatigable; y puede decirse de Lord Palmerston, que en su extremada ancianidad trabajaba con mas constancia que nunca, conservando hasta el fin todo su brio, su cenamidad y su buen natural. "Solia decir que le aprovechaba estar en el ministerio, y estar por consiguiente, sobrecargado del trabajo, porque así era como se le quitaba el esplen. Helvecio sostenia que la propension al esplen que existe en el hombre, era la causa principal de su superioridad respecto del bruto, porque la necesidad que experimenta de curarse de tan intolerable sufrimiento, le fuerza á ocuparse activamente, y viene á ser el gran estímulo del progreso humano.

Nunca ha habido nada que sirva tanto para desarrollar la vitalidad enérgica de las naturalezas fuertes como ese principio de trabajo constante, de ocupaciones variadas y de contacto práctico con los hombres en los negocios de la vida. El hábito de la ocupacion, cultivado y disciplinado, es igualmente útil en todas las carreras, ya sea en política, en literatura, en las ciencias ó en las artes.

Así, la mayor parte de las grandes obras literarias han sido escritas por hombres versados en la administración de los negocios. La misma industria, la misma aplicacion, la economía de tiempo y de trabajo que los han hecho útiles en una esfera de ocupacion, los han servido igualmente en la otra.

Los primeros escritores ingleses fueron casi todos hombres de negocios, porque no habia entonces clase alguna literaria sino en el clero. Chaucer, el padre de la poesia inglesa, fué primero soldado, y luego administrador de aduanas. Y no era esto un puro beneficio; porque tenia que escribir todos los informes de su propio puño y letra, y, cuando acababa sus cuentas en la oficina de la aduana, volvía con delicia á su casa, á sus estudios favoritos, á devorar libros y mas libros hasta que se le oscurecía y se le cansaba la vista.

Los grandes escritores del reino de Isabel, durante el cual hubo tanto desarrollo de vida intelectual en Inglaterra, no eran literatos en el sentido moderno de esta palabra, sino casi todos hombres de accion muy versados en los negocios. Spencer desempeñaba las funciones de secretario del lord diputado en Irlanda; Raleigh fué alternativamente, cortesano, soldado, marino y descubridor; Sidney fué político, diplomático y soldado; Bacon fué laborioso jurisconsulto antes de ser guardase- llos y lord canceller; sir Tomas Browne era médico de provincia en Norwich; Hooker, párroco diligéntísimo de una aldea; Shakespeare fué director de un teatro, en el cual no era sino actor ordinario, y parecia cuidar mas de sus emolumentos que de sus producciones intelectuales. Y, sin embargo todos esos hombres, de hábitos regulares y activos, figuran entre los mayores escritores que haya habido en tiempo alguno: el reinado de Isabel y el de Jacobo I sobresalen en la historia de

Inglaterra como el período de su mayor movimiento y de su mayor esplendor literario.

Bajo el reinado de Carlos I, Cowley ocupó muchos puestos de confianza: sirvió de Secretario íntimo á algunos de los jefes realistas, y fué luego empleado como secretario particular de la reina, para cifrar y decifrar la correspondencia que ella llevaba con el rey; este trabajo le ocupó todo el dia, y á veces toda la noche durante años enteros. Y en tanto que Cowley, estaba así al servicio de la causa real, Milton trabajaba para la república como intérprete latino, ántes de ser secretario del lord Protector. Sin embargo, en la primera parte de su vida Milton desempeñó las humildes funciones de institutor y, dice Johnson, "en su escuela como en todo lo que emprendia, trabajaba con suma diligencia." Despues de la restauracion, terminadas sus funciones oficiales, fué cuando comenzó la mas bella obra literaria de su vida; pero, ántes de acometer su gran poema épico, pareció indispensable añadir "á los lectores asiduos y selectos una observacion segura y un conocimiento profundo de los negocios y de las artes liberales."

Locke ejerció sus funciones en reinados diferentes: primero bajo Carlos II, fué secretario de memoriales para obtener beneficios; luego, bajo Guillermo III, comisario de apelacion y, mas tarde, comisario del comercio y de las colonias. Muchos literatos eminentes fueron empleados bajo la reina Ana. Addison, por ejemplo, fué Secretario de Estado; Steele, comisario de sellos; Prior, Subsecretario de Estado y mas tarde embajador en Francia; Tichel, subsecretario de Estado y secretario de los loras jueces de Irlanda; Congreve, secretario en los negocios de Jamaica; y Gay, secretario de la legacion en Hanover.

El hábito de los negocios, lejos de hacer que un espíritu cultivado sea incapaz de proseguir una carrera científica ó literaria suele mas bien disponerlo favorablemente. Voltaire decía con razon que el verdadero espíritu de la literatura es el mismo de los negocios, porque la perfeccion de uno y otro consiste en la union de la energía y de la reflexion, de la inteligencia cultivada y de la sabiduria práctica, de la esencia activa y de la contemplativa. Union que lord Bacon encomió porque concentra cuanto mejor hay en la naturaleza humana. Hácse dicho que un hombre, á pesar de todo su genio, no podría escribir nada que valiese la pena de ser leído, sobre los negocios de este mundo, si no se hubiese mezclado de un modo ú otro en el comercio serio de la vida práctica.

De ahí viene que la mayor parte de los mejores libros que existen hayan sido escritos por hombres de negocios, para los cuales la literatura era un pasatiempo más bien que una profesion. Gifford, editor de la *Quarterly Review*, que sabia cuán penoso era escribir para vivir, observó en cierta ocasion, "que una hora de improvisacion, robada al trabajo diario, valia más que todo un dia de labor para el que considerar la literatura como una profesion: en el primer caso, el espíritu va alegremente á refrescarse como el ciervo á la fuente; en el otro sigue su miserable camino, jadeante y fati-

ando, llevando en pos los hambreados lobos de la necesidad." [1]

Los primeros grandes escritores de Italia no fueron meramente literatos: fueron hombres de negocios, comerciantes, estadistas, diplomáticos, jueces, soldados. Fillani, autor de la mejor historia de Florencia, fué comerciante; Dante, Petrarca y Boccaccio estuvieron todos empleados en embajadas más ó ménos importantes, y Dante, antes de ser diplomático, fué algun tiempo químico y droguista. Galileo, Galvani y Farini eran médicos, y Goldoni era legista. Ariosto tuvo casi tanto talento para los negocios como genio para la poesía. Cuando su padre murió, tuvo que manejar los bienes de la familia como curador de sus hermanos y hermanas menores, y lo hizo con inteligencia é integridad. Conocida su aptitud para los negocios, el duque de Ferrara lo confió misiones en Roma y en otros puntos. Nombrado luego gobernador de una provincia turbulenta en las montañas, logró establecer en ella el orden y la seguridad, gracias á una administracion firme y justa. Los bandidos mismos le respetaban, y habiéndole detenido un día en las montañas una partida de bandoleros, se dio á conocer y al punto le ofrecieron todos escoltarlo hasta donde quisiera ir.

Ejemplos semejantes se han visto en otros países. Vatter, autor del *Derecho de gentes*, fué diplomático práctico y hombre de negocios de primer orden. Rabelais fué médico y ejerció la profesión de incieniente; Schiller era cirujano; Cervantes, Lope de Vega, Calderon, Camoens, Descartes, Mampertuis, La Rochefoucauld, Lacépède, Lamarque fueron todos soldados en su juventud.

En Inglaterra, muchos hombres conocidos hoy por sus escritas, ganaron la vida primero en el comercio. Lillo pasó la mayor parte de su existencia trabajando como joyero en la *Poultry* (2), y empleando sus ocios en componer obras dramáticas, algunas de las cuales tienen un mérito inenarrable. Isaac Wolton era mercader de géneros en Fleet street, y con lo que leía en sus horas perdidas abastecía su espíritu de datos que lo habían de servir más luego para sus trabajos biográficos. De Foë fué alternativamente chalan, fabricante de la diulas y de teas, tendero, autor y agente político.

Samuel Richardson supo enlazar la literatura con los negocios y, escribía sus romances en su trastienda de *Salisbury Court*, *Fleet street*, y los vendía en el mostrador de su almacén. Gui-

[1] Coleridge expresaba el mismo pensamiento en los consejos que dirigía á sus jóvenes amigos: A excepcion de un hombre verdaderamente extraordinario, le decía, no he conocido jamás individuo alguno, y más todo hombre de genio, que viviese sano y contento sin profesion, es decir, sin un empleo regular que no dependa de la voluntad del momento, y que pueda ser desempeñado de lo mas maquinadamente posible para que un término ordinario de salud, de ánima y de esfuerzos inteligentes, basta á su fiel cumplimiento. Tres horas de descanso, sin mezcla de preocupacion alguna extraña, saboreadas de antemano como cambio y recreo, bastarán para realizar en literatura producciones más grandes, más fecundas que si que pudiera hacerse en muchas semanas de trabajo esforzado... En se necesitan hechos para probar la posibilidad de acabar obras literarias importantes al mismo tiempo que se desempeñan funciones independientes y activas, los escritos de Cicero y Xenofonte entre los antiguos, de sir Tomas More, de Bacon, Baxter, ó (para ceñirnos á ejemplos recientes y contemporáneos) de Barrow y de Roscoe, zanjan la cuestion de una manera decisiva. [Biografía literaria, capítulo XI.]

[2] Calle de Londres.

Herro Eaton, de Birmingham, combinaba también con buen éxito las ocupaciones de librero y de autor, y dice en su autobiografía, que un hombre puede vivir medio siglo y no conocer su propio carácter. No sabía que era anticuario hasta que no se lo hizo saber la gente que leyó su historia de Birmingham, y entonces fué cuando él mismo lo notó. Benjamin Franklin fué igualmente notable como impresor y como librero, como autor, filósofo y estadista.

Descendiendo hasta nuestros dias vemos á Ebenezer Elliot entregado á su comercio de fierro, en Sheffield, mientras escribía y publicaba la mayor parte de sus poetas, y su fortuna en los negocios fué tal, que le permitió retirarse al campo y construir una casa en que se pasó el resto de sus dias. Isaac Taylor, autor de la *Historia natural del entusiasmo*, empleaba una parte de su tiempo en inventos mecánicos, entre otros el de las *beertaps* (espitas para la cerveza), y el de una máquina para grabar en cobre, que se emplea en grande por los estampadores de indianas de Manchester.

Los primeros trabajos importantes de Juan Stuart Mill fueron escritos en los intervalos de trabajo oficial, mientras que desempeñaba las funciones de Inspector principal en la Compañía de las Indias orientales, en la cual Carlos Lamb, Peacock, autor de *Academy Hall*, y Erwin Norris el filólogo eran también dependientes. Macaulay escribió sus *Lays of ancient Rome* en el ministerio de la guerra, donde ocupaba el puesto de Secretario. Bien sabido es que los espíritus contemplativos de Mr. Helps son literalmente *Ensayos escritos en los intervalos de los negocios*. Muchos de nuestros autores vivos, tales como sir Henrique Taylor, sir Juan Kaye, Antonio Trollope, Tom Taylor, Matteo Arnold y Samuel Warren, ejercen funciones públicas importantes.

Proctor, el poeta, más generalmente conocido bajo el nombre de *Barry Cornwall*, era abogado y comisario encargado de examinar á los dementes. Probablemente el adocto su pseudónimo por la misma razon que el doctor Paris publicó sin firmar su *Philosophy in sport: naale scientie in earnest*, porque temia comprometer su posición profesional si era reconocido. Y es preocupacion bastante común, que prevalece aún entre las gentes de las ciudades, la de que todo el que escribe un libro, y sobre todo un poeta, es enteramente inepto para los negocios. A pesar de eso, Sharon Turner, aún cuando fué un excelente historiador, no fué inóvil hábil abogado; y los hermanos Horacio y Jaime Smith, autores de los *Rejected addresses* [Discursos rechazados], eran hombres tan superiores en su profesion, que fueron elegidos para ocupar el puesto importante y lucrativo de agentes de asuntos contenciosos en el almirantazgo, y lo desempeñaron á maravilla.

Estando el difunto Mr. Broderip, abogada, empleado en Londres como magistrado de policía, se sintió inclinado al estudio de la historia natural, y á ella se dedicó en cuanto se lo permitieron sus ocupaciones. Escribió sus principales artículos sobre la materia para la *Enciclopedia de la penique*, y varias otras obras separadas, de gran mérito, particularmente las *Recreaciones zoológicas* y las *Pige*

rias de la cartera de un naturalista. Cuéntase de él que, aunque empleaba gran parte de su tiempo en la producción de sus obras, y en concurrir á la sociedad zoológica y al admirable establecimiento de *Regent's Park*, del cual era miembro fundador, jamás sus estudios embarazaron la principal ocupación de su vida, y jamás ha recaído tacha alguna sobre su conducta ni sobre sus decisiones. Y en tanto que Mr. Broderip se dedicaba á la historia natural, el baron Pollock consagraba sus ocios á las ciencias naturales, recreándose en practicar la fotografía y en estudiar las matemáticas, en las cuales era muy versado.

Entre los banqueros literatos encontramos los nombres de Rogers, el poeta; Rosecoe, de Liverpool, el biógrafo de Lorenzo de Médicis; Ricardo, autor de *Principios de economía política*; Grote, autor de la *Historia de Grecia*; sir Juan Lubbock, anticuario científico; y Samuel Bailey, de Sheffield, autor de los *Ensayos sobre la formación y la publicación de las opiniones*, fuera de varias obras importantes sobre estética, economía política y filología.

Por otra parte, los hombres verdaderamente instruidos y versados en la ciencia, se han mostrado siempre á la altura de los negocios más difíciles. La mejor cultura es la forma los hábitos de aplicación y de industria, la que disciplina el espíritu, desarrolla sus facultades y le da libertad y vigor para obrar: cosas todas igualmente indispensables para el buen manejo de los negocios. Así es que los jóvenes que se han entregado á estudios serios, tienen generalmente firmeza de carácter, porque han necesitado una atención continua, diligencia, y la capacidad y la energía necesarias para adueñarse de la ciencia: también se ven casi siempre en ellos, y en gran proporción, la prontitud, la destreza y la habilidad.

Hablando de los verdaderos filósofos dice Montaigne que, "si eran grandes en la ciencia, eran mucho más grandes aún en la acción... y siempre que se les ha puesto á prueba, se les ha visto elevarse á regiones tan altas que su alma parecía agrandada y enriquecida por el conocimiento de las cosas." (1)

Hay que reconocer al mismo tiempo que la demasiada adición á la literatura ficticia y filosófica puede, hasta cierto punto, tornar á un hombre incapaz de sujetarse á la doctrina de la vida práctica, sobre todo si el estudio se prolonga hasta que los hábitos se hayan arraigado del todo. Hay capacidad especulativa y capacidad práctica, y el hombre que, en su gabinete, con la pluma en la mano, se muestra capaz de formar grandes proyectos, puede resultar impotente para ponerlos en práctica.

La capacidad especulativa denota energía de pensamiento, la capacidad práctica prueba vigor en

(1) Como Tales se desahogase un día en una conversación en directiva contra la pena y el trabajo que se torran los hombres para enriquecerse, alguno le replicó que él imitaba á la zorra que matejaba en los demás lo que no podía alcanzar. Esta bufonada inspiró á Tales el deseo de probar lo contrario, y haciendo uso de todas sus facultades para emplearlas en una empresa lucrativa, estableció un negocio que en un solo año le reportó tan grandes riquezas, que las gentes más experimentadas en ese mismo oficio apenas hubieran podido, con toda su industria, allegarlas en toda su vida. *Ensayos de Montaigne*, I, l. sup. XXIV.

la acción, y ambas cualidades se encuentran habitualmente combinadas en muy desiguales proporciones. El hombre especulativo suele ser indeciso; da vueltas por todos lados á una cuestión, y se mantiene incierto mientras pesa cuidadosamente el pró y el contra de ella, que mantienen la balanza casi en equilibrio. El hombre práctico, por el contrario, salva los preliminares lógicos, adquiere ciertas convicciones definidas, y de ahí procede á poner en acción su sistema. (1)

Ha habido sin embargo grandes hombres científicos que han manifestado en los negocios una habilidad consumada. Jamás se ha dicho que sir Isaac Newton fuese mal director de la casa de moneda porque era el más grande de los filósofos. Tampoco se ha puesto jamás en duda la capacidad de Herschell, que desempeñaba las mismas funciones. Los hermanos Humboldt alcanzaban éxito brillante en todo lo que emprendían, ya fuese en literatura, en filosofía, en minería, en filología, en diplomacia ó en política.

Niebur, el historiador, se distinguió por su energía y su habilidad como hombre de negocios: y mostró tanta inteligencia cuando fué secretario y agente responsable del consulado de Africa, que fué electo más tarde como uno de los encargados de dirigir la hacienda nacional, y dejó este puesto para asumir la dirección de un Banco en Berlin. Y en medio de todas esas ocupaciones tuvo tiempo para estudiar la historia romana, para poseer á fondo el árabe, el ruso y otras lenguas esclavas, y para crearse la gran reputación de autor, que ha conservado siempre.

Segun las ideas que manifestaba Napoleon I sobre los hombres de ciencias, era de esperarse que él tratara de consolidar su administración llamándolos á su lado. Algunos de sus nombramientos fueron desgraciados; otros tuvieron un éxito completo. Así, se le dió á Laplace el ministerio de lo Interior, pero apenas se le nombró cuando se vió lo desacertado de tal nombramiento. Napoleon decía luego: "Laplace no juzgó ninguna cuestión en su verdadero punto de vista; apeló siempre á sutilezas; todas sus ideas eran problemas, y llevaba el espíritu del cálculo infinitesimal hasta la dirección de los negocios." Y es que Laplace había formado sus hábitos en el gabinete, y era demasiado vicio para adaptarlos á las exigencias de la vida práctica.

[1] "La inteligencia, dice Mr. Bailey que está habituado á proseguir el encadenamiento de las ideas, se vuelve en cierto modo incapaz de los movimientos bruscos y versátiles que se aprenden en el comercio del mundo y que son indispensables á los que en él toman parte. El pensamiento profundo y el talento práctico exigen disposiciones de espíritu tan diferentes, que al buscar el uno corremos mucho riesgo de perder el otro. De aquí depende que haya muchos hombres que en su gabinete son gigantes y que en el mundo no son sino niños." [*Ensayo sobre la formación y la publicación de las opiniones*, pp. 251 á 253].